

A.C.N. DE P.

AÑO XLII

15 enero 1965

NUM. 791

Depósito legal: M. 244-1958

EL MUNDO PUEDE SENTIRSE AJENO A LA IGLESIA, PERO LA IGLESIA NO PUEDE SENTIRSE AJENA AL MUNDO HOY, COMO AYER, LATE EN EL HOMBRE UNA POTENCIA RELIGIOSA QUE CONTINUA ESTANDO VIVA

El diálogo exige sensibilidad para lo que une y comprensión para lo que divide
Conferencia del padre Eusebio Colomer, S. I., en el Centro de la A. C. N. de P. de Barcelona

Publicamos hoy la conferencia pronunciada en el Centro de Barcelona por el padre Eusebio Colomer, S. I., catedrático de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía de la Compañía de Jesús en San Cugat del Valles (Barcelona).

Formó parte esta conferencia del ciclo de Círculos de Estudios organizado por el Centro de la A. C. N. de P. en la ciudad condal sobre la encíclica "Ecclesiam suam". El estudio del padre Colomer versó sobre las relaciones de la Iglesia con el mundo contemporáneo.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la trascendencia y profundidad de los conceptos expuestos en esta espléndida lección.

La encíclica "Ecclesiam suam" es una encíclica extraordinaria. Su simple lectura da ya la impresión de algo nuevo, incluso dentro de las encíclicas papales. La encíclica del diálogo es en el fondo una reflexión, una meditación, un diálogo consigo mismo y con sus hermanos en la misma fe que el Papa hace sobre la realidad de la Iglesia.

La tercera parte de la encíclica trata del diálogo de la Iglesia con el mundo. Creo que, ante todo, convendría situar esta parte en el conjunto de la encíclica.

El diálogo de la Iglesia con el mundo en el conjunto de la encíclica

La encíclica tiene tres partes claras. En la primera, el Papa aplica al hecho de la Iglesia algo que, en la filosofía actual, se llama "la reflexión trascendental": es la fe de la Iglesia que reflexiona sobre sí misma para cobrar conciencia de lo que la Iglesia es. En la se-

gunda parte se confronta esa conciencia que la Iglesia tiene de sí misma, es decir, la imagen ideal de la Iglesia, tal como la quiso Cristo, con la realidad de la Iglesia en el momento actual, con el "rostro" de la Iglesia de hoy; fiel, evidentemente, en sus rasgos esenciales al modelo de Cristo; pero—dice el Papa—"jamás suficientemente bello, santo y luminoso". De ahí la necesidad de reforma, y la palabra reforma sale a cada paso en esta encíclica. Yo creo que esto es algo extraordinario. Podemos decir que por vez primera en la historia, la palabra "reforma", que tuvo hasta ahora un sentido anticatólico, se ha hecho católica. Y ahora la Iglesia católica no habla de "contrarreforma", sino que habla de "reforma"; naturalmente, una reforma que quiere ser fiel a la tradición, pero que quiere dejar de lado todo inmovilismo; una reforma que no quiere revoluciones, pero que quiere en la Iglesia una evolución.

Análisis trascendental del diálogo

El diálogo como expresión del ser del hombre

Y ahora estamos situados para comprender la tercera parte. Esta Iglesia está en el mundo, aunque no es del mundo. ¿Cuál ha de ser la relación de la Iglesia con este mundo en el que de hecho se encuentra? Y el Papa, preci-

esconde, incluso, diría yo, el misterio del nombre. El nombre, en el fondo, es diálogo. Hay un verso del poeta alemán Hölderlin que dice: "Desde que somos un diálogo." Notad que el pensador no dice que los nombres llevan un diálogo o tienen un diálogo, sino que "son" un diálogo. Porque, en el fondo, ser hombre es dialogar con la realidad integral, es decir, con el mundo que nos rodea, con los otros nombres, con Dios. La filosofía, en el fondo, tal como se concibe hoy, no es otra cosa que la realización plena, y luego, la expresión conceptual y sistemática de ese diálogo que es la misma existencia humana. Este sería, pues, el sentido más amplio de diálogo, un diálogo que, en el fondo, se identifica con la misma existencia humana.

Decir y escuchar, elementos esenciales del diálogo

Si tomamos ahora la palabra diálogo en un sentido más particular, la definición nos viene en seguida a la boca: dialogar es, simplemente, hablar unos con otros. Este es el sentido obvio y claro del diálogo. Ahora bien, ¿qué importa ese hablar unos con otros? Ese hablar unos con otros—y a veces lo olvidamos—importa tanto la acción de decir como de escuchar. No hay, pues, posibilidad de diálogo donde los dos interlocutores no escuchan en la misma medida en que hablan. Decir y escuchar brotan de la misma esencia originaria del diálogo. Y todavía se requiere otra condición de posibilidad para que el diálogo sea diálogo; se requiere que, tanto el que dice como el que escucha, digan

**CIRCULOS DE
ESTUDIOS EN EL
CENTRO DE
MADRID**

(En tercera pág.)

y escuchen la misma cosa; cuando no se habla de la misma cosa, tampoco hay diálogo. Si fallan, pues, estas dos con-

diciones, falla el diálogo, y entonces surge algo que es precisamente lo que queremos evitar: surge la disputa o el monólogo. Hay disputa, generalmente, cuando los dos que creen dialogar no hablan de la misma cosa; porque si se habla de la misma cosa, poco a poco cesa la disputa y viene el auténtico diálogo, en que ambos se enriquecen. Y hay monólogo cuando hay incapacidad de escuchar, y entonces, evidentemente, no hay diálogo, porque el monólogo es ya la misma negación del diálogo.

Ordenación del diálogo a la búsqueda de la verdad

Y ahora yo, afinando un poco más los conceptos, concretaría más el concepto de diálogo en algo que llamaría "el diálogo de la verdad". Porque esa existencia que es diálogo, tomada ya en su misma individualidad; esa existencia humana que es diálogo, en cuanto que los hombres somos comunitarios y hablamos unos con otros; esa existencia, pues, que es diálogo y ese diálogo que realizamos unos con otros, está ordenada a la verdad; es decir, que el fin del diálogo es la búsqueda de la verdad. Por eso, en un orden filosófico, podemos definir el diálogo como el "diálogo de la verdad". Y de hecho, la filosofía occidental ha nacido de este diálogo de la verdad: Sócrates es su inventor y Platón su realizador. Por eso Platón no escribe libros de filosofía, no escribe monólogos, sino que escribe precisamente diálogos. Y desde Platón el pensamiento filosófico no ha cesado de dialogar. Y hoy continúa también dialogando. Hay filósofos que monologan, evidentemente, acaso demasiado; pero cuando un pensamiento es auténtico, continúa siendo diálogo, porque la verdad no es nunca ni exclusivamente mía ni del otro, sino que es un poco de todos; es decir, que nadie en este mundo, en un orden meramente humano, la posee plenamente. Es la idea de Platón. Sólo Dios la posee plenamente; por eso Dios es "sofós", el sabio por excelencia; nosotros, los hombres, somos humildemente "filósofos", buscadores y amantes de la sabiduría en sí misma tal como Dios la posee, pero conscientes de que no la poseemos con aquella plenitud absoluta e infinita con que la posee Dios. Y si esto es así, entonces está claro que, en un orden humano, la verdad no se encuentra en el monólogo, sino únicamente en el diálogo.

Tensión humana y actitud ética que implica el diálogo

Antes de entrar ya a comentar la encíclica del Papa, todavía quisiera profundizar más en ese aspecto humano de la verdad para que entendamos la profunda razón que tiene el Papa cuando instituye como prototipo de la actitud de la Iglesia con el mundo, precisamente, el diálogo. En el orden, pues, filosófico, el punto de partida para una concepción enriquecedora del diálogo, es tomar conciencia de que el entendimiento humano es un entendimiento que participa de la verdad. Y esto quiere decir, es un entendimiento que mantiene una relación connatural, esencial y dinámica hacia la Verdad, pero sin identificarse plenamente con ella. Naturalmente, entiendo la Verdad con mayúscula, es decir, la Verdad absoluta que se identifica con la Persona absoluta. Es decir, hay en la conciencia finita un dinamis-

mo, una tendencia infinita hacia la Verdad. Ahora bien; esa tendencia presupone dos cosas: una cierta carencia y una cierta preposición. Una cierta carencia: carecemos de la verdad total, en su plenitud e integridad absoluta, tal como la posee Dios, y por eso la buscamos. Pero también una cierta preposición. En efecto, una cierta posesión está encerrada ya en ese dinamismo infinito hacia la verdad; una posesión de muchas verdades parciales y una preposición de la misma Verdad absoluta, en cuanto que en ese dinamismo humano hacia la verdad y en la misma afirmación absoluta de la verdad humana, se incluye ya implícitamente la afirmación de la Verdad absoluta. Es decir, el hombre que toma en serio esa tendencia humana hacia la verdad y ese sentido absoluto que tiene la verdad humana, de algún modo ya ha afirmado al Absoluto. No se puede tomar en serio a la verdad sin, implícitamente, haber afirmado ya la existencia de la Verdad con mayúscula, es decir, de Dios como aquella Persona que es la misma Verdad.

Ahora bien, estas notas, que constituyen un análisis filosófico de la actual filosofía trascendental, aunque realizado, como veis, muy simple y esquemáticamente, estas notas nos definen no solamente la tensión humana hacia la verdad, sino que nos dan la actitud ética de un auténtico diálogo. Y esta actitud es la siguiente: el hombre que de ese modo cree firmemente que él posee la verdad (aunque en el sentido explicado), ese hombre, en su diálogo de la verdad, se identificará tenaz y humildemente con su propia verdad; pero al mismo tiempo, respetará la verdad del otro. Porque el hombre que tiene conciencia de que con su participación finita de la verdad no posee la verdad en toda su infinitud, tal como la posee Dios, ese hombre es capaz de aprender del otro hombre, que también a su modo participa finitamente de una parte de la verdad infinita. Este hombre es capaz de comprender que aún en el mismo error de su compañero de búsqueda, precisamente porque no es nunca un error absoluto, se esconde siempre algo de verdad. Y finalmente, ese hom-

bre será capaz también de respetar al otro en su búsqueda esperanzada de la verdad, aun cuando a veces se dé cuenta que ese otro no ha llegado a alcanzarla en un estadio tan superior como él la ha alcanzado. Será capaz, pues, de respetar al otro, en vez de tenerle, como a veces hacemos, o por un tonto o por un malo. En el fondo, el "integresismo a ultranza" está representado aquí. El "integrista"—permitan que utilice la palabra, pero no hay otra—es un hombre que se ha identificado tan absolutamente con su verdad que, en el fondo, la ha identificado con la Verdad absoluta, y por eso el otro es o un tonto o un malo. Como, a su vez, el "progresismo a ultranza" está representado por la actitud contraria. El "progresista" es el hombre que, porque no se ha apropiado personalmente ninguna verdad, está dispuesto siempre a cambiar de verdad como se cambia de traje. Ha convertido la novedad en criterio de verdad, y por eso piensa que los otros son casi siempre más listos o mejores que nosotros.

Amor, comprensión y diálogo

Ahora bien, el auténtico diálogo de la verdad parte del convencimiento de mi verdad, pero exige a la vez el esfuerzo heroico por colocarme en el punto de vista del otro, y así fecundar mi verdad con la parte de verdad que hay o puede haber en el otro. Es decir, se trata en un diálogo no de refutar—lo cual es muy fácil—, sino de aprender. Se trata de realizar la palabra de Lacordaire: "No busco refutar a mi adversario, echándole en cara sus errores, sino acercarme con él a una verdad más alta." Y por eso, en el fondo de todo auténtico diálogo de la verdad se ha de esconder un resto de simpatía, de cariño, de amor para con el otro. Donde no hay amor, entre hombres, no hay comprensión; donde no hay comprensión, no hay diálogo.

Y ahora creo que estamos ya situados para abrir la encíclica en su tercera parte y escuchar al Papa en una profundísima meditación sobre el diálogo de la Iglesia con el mundo.

Meditación sobre el diálogo de la Iglesia con el mundo

Tres actitudes no actuales

El Papa Pablo VI quiere definir la actitud que ha de tomar hoy, en el siglo XX, la Iglesia con el mundo. Y cree que esa actitud no puede ser otra que la del diálogo. El Papa sabe que esta actitud no es la única posible. Más aún, nos habla él de otras actitudes posibles. Actitudes que podrían reducirse a tres: o intentar la Iglesia cerrarse en sí misma en su "torre de marfil", o tomar ante el mundo una actitud condenatoria y anatematizar este mundo adverso, o simplemente intentar dominarlo teocráticamente. Son tres actitudes posibles. El Papa nos las expone con estas palabras: "Teóricamente hablando, la Iglesia podría proponerse o reducir al mínimo tales relaciones, tratando de apartarse de la sociedad profana (*es la actitud del cerrarse en sí misma*), como podría también proponerse apartar los males que en ella puedan encontrarse, anatematizándolos y promoviendo cruzadas en contra de ellos (*es la actitud de la simple condenación*), o podría, por el contrario, acercarse tanto a la so-

ciudad profana que tratase de alcanzar un influjo preponderante y aun de ejercer un dominio teocrático sobre ella". Pero al Papa le parece, humildemente, que estas tres actitudes no son actuales: "Pero nos parece que la relación entre la Iglesia y el mundo, sin cerrar el camino a otras formas legítimas, puede representarse mejor con un diálogo."

Motivación pastoral de la actitud dialogante

El Papa, pues, elige claramente el diálogo, y lo elige por un motivo de caridad: "Nosotros daremos a este impulso interior de caridad, que tiende a hacerse don exterior de caridad, el nombre, hoy común, de diálogo." Y vienen precisamente las frases que definen maravillosamente la actitud que el Papa quiere de la Iglesia hoy: "La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en el que le toca vivir, la Iglesia se hace palabra, la Iglesia se hace mensaje, la Iglesia se hace coloquio." En el fondo de esa elección del Papa está el motivo

pastoral, que define, podríamos decir en todos sus aspectos la actitud de la Iglesia de hoy. Es el motivo pastoral que el Papa Juan XXIII llevaba siempre en el corazón, y es el motivo pastoral también que empuja al Papa actual a escoger el diálogo. El Papa piensa, pues, que hemos de procurar aunar el pensamiento divino—que la Iglesia posee—con el pensamiento humano; no abstractamente considerado, sino concretamente formulado en el lenguaje del hombre moderno. El Papa cree que esto es lo que quiso Juan XXIII y que esto es también lo que quiere el Concilio: "Concilio—remarca—que tiene un fin pastoral, dirigido totalmente a la inserción del mensaje cristiano en la corriente de pensamiento, de palabra, de costumbres, de tendencias de la humanidad, tal como hoy vive y se agita sobre la tierra. Antes de convertirlo, más aún, para convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos y le hablemos." Y por eso el Papa llama hondamente a este diálogo "el diálogo de la salvación"; porque el fin que la Iglesia pretende con ese diálogo es el fin que Jesús pretendió: no juzgar al mundo, sino salvarlo. Y por eso ese diálogo de la Iglesia con el mundo nos lo define el Papa como un hacerse la Iglesia toda a todos, para salvarlos a todos, y, en el fondo, nos lo define como un acto de servicio: "Desde fuera no se salva el mundo. Como el Verbo de Dios, que se ha hecho hombre, hace falta hacerse una misma cosa, hasta cierto punto, con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir sus costumbres, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo de los más pequeños, si queremos ser oídos y comprendidos; hace falta aún, antes de hablar, oír la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible, y cuando lo merece, secundarlo; hace falta hacerse hermano de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad; más todavía, el servicio. Debemos recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo, según el ejemplo y el precepto de Cristo."

Y ahora el Papa esboza una teología del diálogo.

Teología del diálogo

Ese diálogo de la Iglesia con el mundo tiene un origen trascendente. Es, pues, un diálogo teológico. Es decir, un diálogo que viene no de los hombres, sino que viene de Dios. Este diálogo tiene su origen en la intención misma de Dios. En el fondo—nos dice el Papa—, toda religión es un diálogo del hombre con Dios y de Dios con el hombre. Pero ese diálogo es muy diverso en una religión meramente natural y en la religión revelada. En la religión natural nos encontramos más bien con un diálogo del hombre con Dios. El diálogo parte del hombre: es el hombre el que, como "homo viator", según la definición de Gabriel Marcel, inicia el camino hacia Dios y abre ese diálogo; es el hombre quien busca a Dios. En cambio, en la religión revelada el camino es el inverso; ya no es el camino del "homo viator", sino del "Dios viator", es Dios quien inicia el diálogo; es Dios quien se pone, en Cristo, en camino hacia el hombre para abrir ese diálogo en una dimensión superior, no ya meramente natural, sino sobrenatural. Es lo que el Papa nos dice en este párrafo: "La Revelación, es decir, la relación sobrenatural instaurada con la humanidad por

Círculos de estudios en el Centro de Madrid

FEBRERO DE 1965

DIA 11.—PROBLEMAS ACTUALES DE LA EMIGRACION.

D. Carmelo Matesanz.

DIA 18.—LA POLITICA DE SALARIOS.

D. Víctor Fernández.

DIA 25.—PANORAMA ACTUAL DE HISPANOAMERICA.

D. José Félix Fernández Shaw.

MARZO DE 1965

DIA 4.—SISTEMAS ECONOMICOS Y DESARROLLO.

D. José Vicente Torrente.

DIA 11.—EL PROCESO DE INTEGRACION DE EUROPA.

D. José Joaquín Puig de la Bellacasa.

DIA 18.—LA IDEOLOGIA DE NUESTROS UNIVERSITARIOS.

D. Jacobo Cano.

DIA 25.—APLICACIONES DE LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES.

D. Isidoro Martín.

Los círculos tendrán lugar en el Colegio Mayor de San Pablo, Isaac Peral, 58, a las ocho de la tarde.

iniciativa de Dios mismo, puede ser representada por un diálogo en el cual el verbo de Dios se expresa en la Encarnación, y, por tanto, en el Evangelio. El coloquio paterno y santo interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo, que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres donde Dios da a entender algo de sí mismo, el misterio de su vida trinitaria; donde Dios nos dice en definitiva quien es, Dios es amor, y nos dice como quiere ser honrado y servido: amor es nuestro mandamiento supremo.

Cómo ha de ser el diálogo de la Iglesia con el mundo

A partir de ese origen trascendente del diálogo, de esa teología del diálogo, el Papa entonces nos ira diciendo como ha de ser el diálogo de la Iglesia con el mundo. El diálogo de la Iglesia con el mundo ha de repetir hoy el diálogo iniciado en la historia de la salvación, de Dios con la humanidad. El diálogo de la salvación iniciado por Dios fue un diálogo abierto por iniciativa divina. También hoy la Iglesia ha de tomar la iniciativa, sin esperar a que el mundo empiece. El diálogo de la salvación iniciado por Dios nació de la caridad de Dios para con el mundo: "Así amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito." El diálogo de la Iglesia con el mundo ha de nacer también de la caridad desinteresada de la Iglesia para con el mundo. El diálogo de la salvación no miró a los méritos de aquellos a quienes se dirigía: Cristo no vino precisamente a curar a los sanos, sino a los enfermos. También el diálogo de la Iglesia para con el mundo ha de ser un diálogo desinteresado, sin límites y sin cálculos. El diálogo de la salvación fue un diálogo que respetó la libertad del

hombre, interlocutor de ese diálogo. Ante la llamada de Dios, el hombre puede decir sí o no; ante el mensaje de Cristo, los nombres pudieron decir sí o no; unos se abrieron, otros se cerraron. El diálogo de la Iglesia con el mundo respetará también la libertad. El Papa dice incluso "la libertad personal y civil". No buscará, pues, la coacción la Iglesia hoy para imponer su mensaje, sino que lo ofrecerá libremente a los hombres libres. El diálogo de la salvación se dirige a todos los nombres, sin discriminación de raza, de pueblo; fue un diálogo "católico". También el diálogo de la Iglesia hoy será católico y se dirigirá a todos los nombres de buena voluntad.

Las cuatro cualidades de ese diálogo

Finalmente, el Papa nos define las cuatro cualidades de ese diálogo: Será un diálogo claro; por consiguiente, no con palabras equívocas, no con sutilezas. La Iglesia procurará hacerse inteligible y hacerse comprensible para que los hombres puedan escuchar. Será un diálogo arable, humilde, manso, como fue el diálogo de Cristo, quien dijo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón." Será un diálogo paciente, y evitará los modos violentos, que será paciente y generoso. Será un diálogo conñado, conñado en el poder de la propia Verdad que la Iglesia posee, y conñado también en la buena acogida que, en el fondo, el hombre puede dar y dará a ese diálogo, si lo presentamos tal como debemos presentarlo. Y, finalmente, será un diálogo prudente, que tendrá en cuenta las diferentes condiciones de los interlocutores; porque un diálogo imprudente no sería tampoco auténtico diálogo. Y el Papa termina con una frase extraordinaria: "Cuando el diálogo se conduce así, se realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor."

Finalmente, en la última parte de la

encíclica, el Papa nos habla de la universalidad del diálogo. Uno recuerda de nuevo a Juan XXIII, que dirigió la encíclica "Pacem in terris" "a todos los hombres de buena voluntad". También Pablo VI nos dice que la Iglesia hoy "está dispuesta a sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad dentro y fuera de su ámbito. Nadie es extraño a su corazón, nadie es indiferente a su ministerio, nadie es enem-

go si no es que él mismo quiera serlo. No sin razón se llama católica, no sin razón tiene el encargo de promover en el mundo la unidad, el amor y la paz.

Y una vez que el Papa ha afirmado esa universalidad del diálogo, que se dirige a todos los hombres sin excepción, nos describe los cuatro círculos concéntricos, cada vez más pequeños, en los cuales la Iglesia quiere ir realizando su diálogo:

Los cuatro círculos concéntricos del diálogo

La humanidad, interlocutora de la Iglesia

Hay ante todo un primer círculo, un círculo inmenso, cuyos límites se confunden con los horizontes de la misma humanidad: "Todo lo que es humano —afirma el Papa— tiene que ver con nosotros." Toda la humanidad, pues, es la interlocutora de ese diálogo de la Iglesia. "Si existe en el hombre un "ánima naturaliter christiana", queremos honrarla con nuestra estima y con nuestro diálogo". Uno recuerda aquellas palabras del Papa en su mensaje de paz desde Tierra Santa: "Puede ser que el mundo se sienta ajeno a la Iglesia, pero la Iglesia no se siente ajena al mundo." Más aún, ese diálogo es tan amplio que el Papa no excluye de él ni siquiera a los ateos ni a los comunistas. El Papa reconoce que el ateísmo "es el fenómeno más grave de nuestro tiempo". Tiene

perfectamente razón: siempre existieron ateos en la historia de la humanidad —los encontramos ya incluso entre los primeros pensadores griegos—, pero hasta hoy eran ateos aislados, ateos que vivían en oposición al resto de la humanidad, en una actitud de autodefensa y de lucha; hoy día, en cambio, los ateos no son hombres aislados; hoy día, no digo, evidentemente, que sean la masa de la humanidad, pero es claro que hoy día en el Este y en el Oeste hay grupos de hombres que se saben y se quieren ateos; más aún, que creen que el ateísmo es la solución a los problemas de la humanidad. El Papa, en la encíclica, rechaza el ateísmo como tal solución; pero, sin embargo, se esfuerza —es algo nuevo en la historia de la Iglesia— en comprender a los ateos; se esfuerza en comprender que tal vez en el fondo de su ateísmo hay una búsqueda de un Dios más puro.

El diálogo con los ateos

Creo que esto es algo importante, y, si permitis, me extendería un poco en ese punto.

El ateísmo marxista

Yo diría que hoy día hay en el mundo tres tipos de ateísmo: hay un ateísmo que en el fondo es un antiateísmo. Es, claramente, el ateísmo marxista. El marxista lo coloca inmanentemente en un antiateísta. Es un hombre que ha querido realizar la re conversión del absoluto Dios en el absoluto hombre e historia. El Absoluto que los creyentes ponemos trascendientemente en Dios, el marxista le coloca inmanentemente en el hombre que se hace a sí mismo a lo largo de la historia y que, sobre todo, se realizará plenamente a sí mismo en aquello que el marxista cree como la meta de la historia: la instauración del Estado comunista.

Pero junto a ese antiateísmo marxista, en el fondo del cual se esconde un gran idealismo, casi diría una utopía, hay, evidentemente, otros dos tipos de ateísmo en el mundo de hoy, los más corrientes y numerosos, que podríamos definir, con el padre Liegé, como el ateísmo de la indiferencia y el ateísmo de la madurez.

El ateísmo de la indiferencia

El ateísmo de la indiferencia tiene que ver con la misma estructura psicológica, económica y sociológica de la sociedad actual. Vivimos en una sociedad masiva, en una sociedad de hombres que, la mayor parte de las veces, se alimentan de relaciones y sensaciones superficiales; que viven en una dimensión que, en el sentido de Kirkegaard, llamaríamos el puro "estado estético", es decir, en el culto a la pura sensación, sea ésta del orden que sea, del más bajo al más elevado. A esto

se añade una existencia hecha prácticamente de relaciones impersonales. El mismo trato con los demás es un trato objetivo y utilitario, en el que el hombre no se encuentra a sí mismo ni encuentra al otro como persona. Ahora bien, en ese estadio el ateísmo es un ateísmo de hecho, es un no plantearse el problema religioso, es un vivir al margen de Dios y de la religión, es un embrutecerse con esa sociedad masiva y con esa vida técnica de hoy. Evidentemente que esta actitud no es definitiva; más aún, en cuanto dimensión de la existencia, ese ateísmo de la indiferencia es un estadio que debe ser superado.

En un librito extraordinario sobre las posibilidades de la Iglesia hoy, compara el padre Carlos Rahner la conciencia colectiva de esos hombres con el estado psicológico de un niño que recibe por vez primera como regalo de su padre una bicicleta. Tal vez el primer día se le ocurrirá coger la bicicleta e irse de excursión, y con ello, dejar de ir a misa el domingo; pero tal vez después reflexionará y se dará cuenta que, al fin y al cabo, la bicicleta le puede servir también para ir a misa. Es decir, hay una especie de "emborrachamiento" con la técnica. Ahora bien, cuando el hombre ha sabido ya dominar la técnica y encontrarse a pesar de todo a sí mismo, y, sobre todo, cuando ese hombre borracho de técnica—la vida se encarga de ello—se encuentra frente a los problemas decisivos de la existencia: la culpa, el dolor, la muerte, ese hombre reflexionará, se dará cuenta que la técnica no salva, y, por consiguiente, el ateísmo de la indiferencia será superado por una nueva y más personal creencia. Evidentemente, esa crisis colectiva de la humanidad no dura solamente unos pocos domingos, como la crisis del chico de la bicicleta. Podrá incluso durar decenios. Pero nosotros sabemos que

hay en el hombre una potencia religiosa que, hoy como ayer, continúa siendo viva. Y nuestra labor pastoral ha de ser precisamente ante esos hombres indiferentes, volver a reavivar la potencia religiosa que está en ellos para que vuelvan a sentir la necesidad de lo religioso y vuelvan a buscar a ese Dios que habían de algún modo perdido.

El ateísmo de la madurez

El ateísmo de la madurez es un ateísmo muy distinto. Es el ateísmo de un hombre, como el actual, que se cree en ciertos aspectos maduro, y en cierto sentido lo es; un hombre que ha aprendido a dominar con la ciencia el mundo; un hombre que sabe lo que el hombre nunca supo no solamente de la naturaleza, sino de sí mismo; un hombre que sabe de su misma historia, y eso es algo que los otros hombres no sabían. Eso promueve en el hombre una conciencia de madurez que le hace ver como infantil la imagen de Dios que a veces, inconscientemente, le hemos presentado. Es la imagen de un Dios que a veces no es el verdadero Dios; una imagen que ese hombre toma como propia de un mundo infantil, que precisamente el hombre actual maduro, con su conocimiento de la ciencia, de la historia, ha superado. Por eso en el fondo de ese ateísmo de la madurez, lo que hay a veces es la búsqueda de un Dios más puro. Es decir, lo que este hombre niega no es Dios, sino su imagen, aquel ídolo que no era el auténtico Dios.

Por ejemplo, para que nos entendamos, un Dios no ético sino más bien demiúrgico, un Dios que está ahí a disposición nuestra, que está esperando que hagamos la más corta oración para que mis negocios marchen bien o para que mi hija enferma se cure. (Nos encontramos los sacerdotes en las crisis de fe con cosas como éstas.) Ahora bien, éste no es el auténtico Dios, este Dios no existe. Claro está que hay providencia, pero es, ante todo, una providencia sobrenatural. Claro está que Dios quiere que hagamos la oración de petición, que le pidamos también esas cosas buenas de este mundo, como nos enseña Cristo, pero siempre dentro de la actitud del "nágase tu voluntad, y no la mía". Es decir, debemos pedirlos, y Dios nos las concede muchas veces cuando le pedimos con fe; pero nuestra actitud no ha de ser la de esa conciencia infantil, de un tener a Dios a nuestra disposición, sino, al contrario, de ponernos nosotros a disposición de Dios. Otra imagen falsa de Dios sería un Dios concebido como la cúpula de un sistema del mundo, o como el garante de una estructura social, de un orden político-económico que, a veces, visto desde el Evangelio, es desorden. ¿No estará aquí la raíz de la crisis religiosa de muchos obreros?

Por esto nos dice el Papa que "no podemos renunciar a la reflexión pastoral cuando tratamos de descubrir en el íntimo espíritu del ateo moderno los motivos de su turbación y de su negación. Descubrimos que son complejos y múltiples; tanto, que nos vemos obligados a ser cautos al juzgarlos y más eficaces al refutarlos. Venos que nace, a veces, de la exigencia de una presentación más alta y más pura del mundo divino; superior a la que tal vez ha prevalecido en ciertas formas imperfectas de lenguaje y de culto, formas que deberíamos esforzarnos por hacer lo más puras y transparentes posible, para que mejor expresen lo sagrado de que son signo. Los vemos invadidos por el ansia, llena de pasión y de utopía, pero frecuentemente también generosa, de un

sueño de justicia y de progreso, en busca de objetivos sociales divinizados, que sustituyen al absoluto y necesario, pero objetivos que denuncian la necesidad insoslayable de un principio y fin divino, cuya trascendencia e inmanencia toca a nuestro paciente y sabio magisterio revelar." Es hermoso que un Papa diga esto.

Condenación del comunismo

Naturalmente, esa comprensión del hombre ateo no lleva consigo la aprobación de su ideología. Esto vale, sobre todo, del comunismo. Pablo VI en su encíclica rechaza el sistema marxista. Pero lo rechaza, más que en cuanto régimen político-económico, en cuanto doctrina que niega a Dios y a la religión. "Estas son las razones que nos obligan, como han hecho nuestros predecesores, a condenar los sistemas ideológicos que niegan a Dios y oprimen a la Iglesia; sistemas identificados frecuentemente con regímenes económicos, sociales y políticos, y entre ellos, especialmente, el comunismo ateo." Pero esta condenación no nace en Pablo VI de la incompreensión o del orgullo: es más bien la conciencia de una obligación dolorosa, pero inevitable. "Fudiera decirse que su condena no nace de nuestra parte; es el sistema mismo y los regímenes que lo personifican los que crean contra nosotros una radical oposición de ideas y opresión de hechos. Nuestra reprobación es, en realidad, un lamento de víctimas más bien que una sentencia de jueces."

El círculo de los creyentes del monoteísmo

Después de este primer gran círculo que abarca a toda la humanidad, sin excluir a ateos y comunistas, viene el segundo círculo, más estrecho: el círculo de los creyentes de las grandes religiones monoteístas, "los hombres, dice el Papa, que adoran, como nosotros, al Dios único y supremo, al mismo que nosotros adoramos". Son los judíos, los musulmanes y los adeptos de las grandes religiones afroasiáticas. El Papa, con una gran altura de miras y con gran comprensión, nos dice que, si no podemos compartir estas variadas expresiones religiosas, ni podemos quedar indiferentes, como si todas, a su modo, fuesen equivalentes, tampoco "podemos negar nuestro respetuoso reconocimiento a los valores espirituales y morales de las diversas religiones no cristianas; más aún, queremos promover y defender con ellas los ideales comunes en el campo de la libertad religiosa, de la hermandad humana, de la buena cultura, de la beneficencia social y del orden civil." Es la actitud que el Concilio ha tomado al discutir el famoso esquema sobre los judíos y que el mismo Papa ha realizado en el nuevo Secretariado para las Religiones no Cristianas.

Los cristianos no católicos

El tercer círculo es el círculo más estrecho de los cristianos no católicos, los hermanos separados, como dice Pablo VI, recordando la frase hermosa del Papa Juan. "Círculo—dice—más cercano a Nos en el mundo: el de los que llevan el nombre de Cristo." Y define aquí la actitud ecuménica del católico frente a estos hermanos separados: "Con gusto hacemos nuestro el principio: pongamos en evidencia primero todo lo que nos es común, antes de subrayar lo que nos divide."

¡Qué cambio de actitud hay aquí en la Iglesia! ¡No nos damos cuenta de lo que esto supone! Los años futuros lo

irán mostrando cada vez más. Naturalmente, esa actitud no tiene nada que ver con un falso irenismo que pensase que todas las confesiones cristianas son iguales. No. Nosotros admitimos que en los otros cristianos puede haber una convicción subjetiva de verdad, pero sabemos que la plenitud de la revelación de Cristo, en el orden ontológico y objetivo, la posee la Iglesia católica. El Papa insiste en esto porque, evidentemente, es un punto importante. Nada, pues, de irenismo, nada de sincretismo. "El diálogo—dice Pablo VI—no puede ser una neutralidad respecto al compromiso de nuestra fe." Irenismo y sincretismo serían, en el fondo, formas de escepticismo respecto a la fuerza de la palabra de Dios. De ahí que el Papa, precisamente al hablar de los hermanos separados, subraya claramente que "no está en nuestro poder el transigir en la integridad de la fe y en las exigencias de la caridad". Y recuerda explícitamente la "piedra de escándalo" para todo diálogo ecuménico entre católicos y hermanos separados, que es precisamente el mismo Papa, en cuanto encarnación de la realidad dogmática del primado. Pablo VI nos abre aquí su corazón antiguo por este pensamiento, que "es el de ver como precisamente nos, promotores de tal reconciliación, somos considerados por muchos hermanos separados como el obstáculo principal que se opone a ella." Por ello, continúa, "queremos suplicar a los hermanos separados que consideren la inconsistencia de tal hipótesis", es decir, de la hipótesis de suprimir la verdad del Primado papal en orden a lograr la unión con las Iglesias que no lo reconocen. Sin el Papa, la Iglesia católica ya no sería Iglesia católica. El logro de la unidad no puede hacerse a costa de la verdad.

Grave dificultad para el diálogo

Henos aquí frente a un problema importante y difícil. Tocamos en él la gran dificultad del diálogo con los cristianos separados. La Iglesia católica, porque se sabe poseedora de la plenitud de la verdad, de algún modo tendrá siempre un resto de intransigencia. Ahora bien, ¿esta intransigencia hace imposible el diálogo? Si en el orden objetivo no podemos igualar a los interlocutores de este diálogo, porque nosotros nos sabemos en la posesión de la plenitud revelada y solamente reconocemos a los otros una verdad parcial, entonces ¿nuestro diálogo será necesariamente hipocresía o mala fe? A este interrogante puede darse una triple respuesta:

Ante todo, el diálogo ecuménico sucede entre hombres, hombres que representan a la Iglesia, pero que no se identifican con la Iglesia. Creo que ningún católico puede pretender ser en su conciencia individual expresión plena de la conciencia de la Iglesia. Es decir, en cuanto católicos, nosotros admitimos todas las verdades de la fe de la Iglesia; pero no las compartimos ni las vivimos todas con la misma intensidad. Ahora bien, eso nos ha de dar esa humildad que es necesaria para que el diálogo no sea una hipocresía ni una mala fe. Nos falta todavía mucho para poseer el misterio completo de la Iglesia.

En segundo lugar, la misma conciencia de la Iglesia en cada momento histórico no adecua su conciencia total. La Iglesia es también histórica y se realiza a través del tiempo. La asistencia del Espíritu Santo nos libra de error en las fórmulas dogmáticas, pero no nos

regala siempre en cada fórmula toda la verdad revelada. La prueba es que hay una evolución dogmática y que hay un progreso en la conciencia que la Iglesia tiene de su propio dogma. La prueba es que después del Vaticano I ha venido el Vaticano II y ha completado la doctrina del Primado con la de la colegialidad. Por consiguiente, incluso la Iglesia católica en este sentido peregrina en busca de una mayor plenitud y de una mayor catolicidad de la verdad creída y poseída, de una mayor apropiación explícita de lo que implícitamente ha sido suyo desde el principio. Y es claro que en esa mayor explicitación de la total verdad que ya posee, puede ayudarnos el diálogo con los hermanos separados. De hecho, el Concilio ha mostrado que nos ha ayudado y que hemos reencontrado muchas cosas que ya eran nuestras, pero que acaso habíamos dejado demasiado en un segundo plano de la conciencia creyente, mientras los hermanos orientales o protestantes habían conservado con una conciencia más clara y más eficiente. Pensemos, por ejemplo, en la actual renovación de la teología de la Iglesia y de la Palabra.

Por último, como indica el propio Pablo VI, esa pretensión católica de poseer la plenitud de la verdad de Cristo no será molesta para nuestros hermanos separados si nos esforzamos al mismo tiempo en poseer la plenitud del amor. Y esto vale incluso del mismo Primado papal: "Queremos, además, considerar que este gozne central de la santa Iglesia no pretende constituir una supremacía de orgullo espiritual o de dominio humano, sino un primado de servicio, de ministerio y de amor. No es vana retórica la que atribuye al Vicario de Cristo el título de "servus servorum Dei".

El diálogo dentro de la misma Iglesia católica

Queda, finalmente, el último círculo, el más pequeño: el del diálogo dentro de la misma Iglesia. Si todo diálogo es difícil, yo creo que éste tal vez es el más difícil. Porque es un diálogo que ha de realizarse dentro de unas condiciones paradójicas de obediencia y libertad; un diálogo que ha de realizarse, hoy más que nunca, después de la colegialidad, incluso entre el Papa y los obispos, y que, por supuesto, deberá también realizarse en el futuro, ahora que el laicado ha cobrado conciencia de que también él pertenece a la Iglesia, entre la jerarquía y los fieles.

Ahora bien: ¿cuáles pueden ser los presupuestos de este diálogo? Yo diría que, de la parte de la jerarquía, el presupuesto debería ser la capacidad de escuchar. Que también la jerarquía sepa escuchar y sepa aprender de los fieles católicos, y esto quiere decir que en adelante la autoridad de la Iglesia no podrá confundirse con el paternalismo. Si hoy día se rechaza el paternalismo civil, también se rechaza el paternalismo eclesiástico. Ahora bien, de parte de los laicos esto exige, evidentemente, una difícil madurez. Una madurez de su fe y de su adhesión a la Iglesia. Un saber ver ante todo el misterio de la Iglesia, incluso por encima de las miserias humanas. Un saber mirar en los jerarcas de la Iglesia no al hombre, sino al representante de Cristo Nuestro Señor. Y, por consiguiente, un saber asociar la libertad de los hijos de Dios con la obediencia a aquellos que el Espíritu Santo ha puesto, como dice la Escritura, para regir a la Iglesia de Dios. Y al mismo tiempo, un saber asociar a la obediencia esa libertad de los hijos de Dios,

Memorándum de la reunión celebrada por el Consejo Nacional de la A. C. N. de P. el 17-12-1964

Asistieron don Alberto Martín Artajo, Presidente; doctor don Laureano Castán Lacoma, consiliario nacional; don Federico Silva Muñoz, vicepresidente; consejeros señores Martín-Sánchez Juliá, Guijarro Arrizabalaga, Ortiz Díaz, Ruiz-Giménez Cortés, Sánchez de Munián Gil, Aguirre López, Carriles Gallaraga, Sánchez Apellániz, Tomás Villarroya y Udina Martorell; secretario nacional de Consiliarios, don Andrés A. Esteban Romero; secretario general, don José Luis Gutiérrez García, y vicesecretario general, don Jacobo Cano Sánchez.

Antes de pasar al estudio de los asuntos se procedió por el Presidente, con la fórmula acostumbrada, a recibir la promesa del nuevo consejero nacional don Joaquín Tomás Villarroya.

Información general

El consiliario nacional, monseñor Castán Lacoma, informó al Consejo sobre la tercera sesión del Concilio Vaticano II, tema acerca del cual habló también don Joaquín Ruiz-Giménez, invitado seglar a dicho Concilio. A continuación, el Presidente informó sobre su reciente viaje a Bombay con motivo del Congreso Eucarístico Internacional.

Tanda nacional de ejercicios espirituales

El secretario general dio cuenta al Consejo de las gestiones realizadas a este respecto por encargo del propio Consejo, el cual acordó, a la vista de dicha información, encomendar al secretario general las gestiones pertinentes cerca del padre Jesús Solano, S. J., en los términos que lleva entendidos.

Nueva Casa de San Pablo

El vicesecretario general de la Asociación y director del Colegio Mayor de San Pablo, don Jacobo Cano Sánchez, dio cuenta de que las obras de la nueva Casa de San Pablo han comenzado ya y se prevé que para fines del mes de enero próximo se proceda a la entrega de dichas obras, estando pendiente de elección y compra el mobiliario correspondiente.

que hará que la obediencia no se convierta en servilismo. Este servilismo que es lo más contrario de la obediencia y que tiene tan poco de espíritu sobrenatural y tan mucho de intereses humanos, por desgracia demasiado humanos.

Y termino con las mismas palabras de Pablo VI: "El diálogo ha comenzado." La misma encíclica es ya un diálogo. Lo dice el Papa al comienzo: que no quiere definir, ni dogmatizar, ni declarar, sino iniciar un diálogo fraterno con sus hermanos los obispos y con los fieles. "Y ese diálogo iniciado—dice el Papa—es hoy más vivo que nunca, y la Iglesia que inicia este diálogo está hoy más viva que nunca; pero, considerándolo bien, parece como si todo estuviera aún por empezar; comienza hoy el trabajo y no acaba nunca; tal es la ley de nuestra peregrinación en la tierra y en el tiempo."

Informe sobre obras de la Asociación

Colegio Mayor de San Pablo. Don Federico Silva Muñoz y don Jacobo Cano Sánchez informaron sobre la situación actual del Colegio Mayor. El Consejo agradeció la información.

Centro de Estudios Universitarios. El presidente del Consejo Rector del C. E. U., don Federico Silva Muñoz, dio cuenta al Consejo de que va a constituirse en fecha próxima la Asociación de Antiguos Alumnos del Centro de Estudios Universitarios.

A continuación, don Francisco Guijarro Arrizabalaga, en nombre de la Ponencia constituida a este fin, dio cuenta de las reuniones celebradas por la misma.

Acordó el Consejo, a la vista de la información recibida, que la Ponencia prosiga los estudios previos, continúe su información y entable las conversaciones que se juzguen pertinentes en los términos que lleva entendidos. Intervinieron en las deliberaciones que siguieron a la exposición del señor Guijarro el Presidente de la Asociación, el consiliario nacional y los consejeros señores Udina, Sánchez Apellániz, Tomás Villarroya y Sánchez de Munián.

Igualmente acordó el Consejo que don Joaquín Ruiz-Giménez quede incorporado a la Ponencia; que se pasen los informes de esta Ponencia a los restantes miembros del Consejo Nacional, y, por último, que en el orden del día del Consejo Nacional que se celebrará en torno a la festividad de San José figure nuevamente este capítulo.

Residencia San Alberto Magno. Informó sobre la situación actual de la residencia don Joaquín Ruiz-Giménez. El Consejo agradeció al señor Ruiz-Giménez la labor que viene realizando al frente de la obra.

Informe de Tesorería General

En ausencia del tesorero general leyó el informe sobre la situación de la Tesorería el secretario general. El informe fue aprobado unánimemente por el Consejo.

Informe de Secretaría General

Pase a otras categorías. Del Centro de Valencia, y previo informe favorable del Consejo, se concede pase a la categoría de numerario y situación de activo al inscrito activo don Joaquín Tomás Villarroya.

Admisión de nuevos socios. Estudiada por el Consejo la solicitud de ingreso en la Asociación suscrita por don Gonzalo Contreras Martínez, el informe fue favorable, por lo que pasará a formar parte del censo del Centro de Madrid, con la categoría de inscrito y situación de activo.

Adquisición de material de oficina. A propuesta del señor director del Colegio Mayor de San Pablo, y para uso conjunto de dicho Colegio, el Centro de Madrid y la Secretaría general de la Asociación, se sometió a la deliberación del Consejo la conveniencia de adquirir una nueva máquina eléctrica multicopista. El Consejo acordó autorizar la compra de la máquina citada, interviniendo,

por partes iguales, en el precio de la mismo el Colegio Mayor de San Pablo, la Secretaría general y el Centro de Madrid.

Varios

Colegio Mayor de Estudiantes Chinos. Don Francisco Guijarro Arrizabalaga dio cuenta al Consejo de la favorable situación en que se encuentra este proyecto de Colegio Mayor. El Consejo acordó que este asunto sea tratado en el próximo Consejo Nacional de San José.

Plan C. C. B. de Cáritas Nacional. Dio cuenta al Consejo de la situación actual de este plan de Cáritas Nacional don Francisco Guijarro, presidente nacional de dicha obra. El Consejo acordó por unanimidad felicitar al señor Guijarro por la labor realizada, e igualmente que cuando sea publicado el trabajo que integra al plan se dedique algún ciclo de círculos de estudios por el Centro de Madrid a dicho tema.

Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián. El secretario general dio cuenta de la comunicación recibida a este efecto, y el Consejo acordó prestar pleno apoyo a la propuesta. Encargó a la Presidencia que por medio de la Secretaría General realice las gestiones pertinentes, en los términos que lleva entendidos.

A propuesta del consejero don José Aguirre López, el Consejo acordó encargar a la Secretaría General que prepare la edición de un folleto en el que se reúna la información fundamental sobre la Asociación Católica Nacional de Propagandistas a base de los textos de su fundador, padre Angel Ayala, y de sus dos primeros presidentes, don Angel Herrera Oria y don Fernando Martín-Sánchez Juliá.

ACABA DE APARECER

Biblia Comentada

Vol. VI: Hechos de los Apóstoles y Epístolas paulinas

Por Lorenzo Turrado

- El comentario da realce especial al contenido teológico del texto y adopta el sistema narrativo en la exposición.
- Estilo y fondo adaptados fielmente a los lectores no especializados en estudios bíblicos.
- Disponibles los cinco volúmenes anteriores de la serie. En fecha próxima aparecerá el séptimo y último volumen.

XII + 792 páginas.—En tela, 125 pesetas. En plástico, 145

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.

Mateo Inurria, 15. MADRID-16

BAC 243